

LECCION XXIV.

DE NUESTRA UNION CON EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo noveno del Símbolo (continuacion).— Necesidad de la Iglesia.— Visibilidad é infalibilidad de la Iglesia.— Carácterés de la Iglesia.— Ser una,— ser santa,— ser apostólica,— ser católica.— Verdad de la Iglesia romana.— Primer beneficio de la Iglesia.— Comunión de los Santos.— Excomunion.

Dios quiere que todos los hombres alcancen la salvacion, la que no pueden lograr sino por Jesucristo, es decir, por el conocimiento y la práctica de la verdadera Religion de que Jesucristo es el alma y el fundador<sup>1</sup>. Jesucristo y la verdadera Religion solo se encuentran en la verdadera Iglesia; solo en ella Jesucristo enseña, derrama sus gracias y comunica su espíritu; así pues, es evidente que existe necesariamente una verdadera Iglesia, lo que demuestran de consuno la razon y la fe.

1.º *Necesidad de la Iglesia.* Nuestro Señor prometió solemnemente establecer una Iglesia con la que estaria todos los dias hasta el fin del mundo; ordenó considerar como paganos y publicanos á los que se negasen á escuchar á aquella Iglesia; murió para formarla y comunicarle la santidad de la que debia ser único conducto hasta la consumacion de los siglos; luego, á menos de sostener la horrenda blasfemia de que el Hijo de Dios nos engañó no estableciendo, ó estableciendo por un tiempo limitado la Iglesia que prometió establecer, y establecer para siempre, amenazándonos con el infierno si no escuchamos una Iglesia que no ha existido nunca ó que no existe ya, deberémos admitir la existencia, y la existencia perpetua, de una sola y verdadera Iglesia. Confirmando la doctrina de la fe, la razon nos dice que no debiendo nuestro Señor quedarse siempre visiblemente en este mundo, debia asegurar la perpetuidad de su Religion; para esto no bastaba que nos dejase su ley por escrito,

<sup>1</sup> Omnes homines vult salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire. (1 Tim. II, 4). Non est in alio nullo salus. Nec enim aliud nomen est sub celo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri. (Act. IV, 12).

pues un libro, sobre todo un código de leyes, necesita ser interpretado; así pues, es claro que nuestro Señor debió establecer una autoridad, es decir, una Iglesia encargada de explicar auténticamente su Religion y de hacerla practicar. De modo que á menos de considerar en el Hijo de Dios menos buen sentido que en el último de los hombres, es preciso admitir que estableció una verdadera Iglesia para conservar intacto el depósito de su doctrina.

2.º *Visibilidad de la Iglesia.* La verdadera Iglesia debe ser siempre visible; primeramente, por la razon que acabamos de indicar, á saber: Que Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y que ésta no es posible sino en la Iglesia. Es necesario, pues, de toda necesidad que la Iglesia sea siempre visible, á fin de que todos puedan conocerla y convertirse en miembros de la misma, y tambien porque Dios declaró formalmente que seria visible para todos los pueblos. Por el órgano de los Profetas, la compara á una ciudad inmensa, construida en la cima de una alta montaña, expuesta á las miradas de todas las naciones, resplandeciente con los rayos de la verdad, de modo que todas las tribus de la tierra podrán marchar á su luz, así como marchan á la luz del sol<sup>1</sup>; y finalmente porque siendo la Iglesia una sociedad de hombres reunidos, por la profesion exterior de la misma fe, por la participacion de los mismos Sacramentos, de las mismas ceremonias públicas, y por la sumision á los mismos jefes, es imposible que no sea visible. Así lo han entendido todos los Padres<sup>2</sup>, y así lo entiende el buen sentido mas vulgar.

3.º *Infalibilidad de la Iglesia.* La verdadera Iglesia debe ser infalible; entiéndese por infalibilidad el privilegio de no poder engañarse ni engañar á los demás al enseñarles. Nada mas fácil que probar que la verdadera Iglesia es infalible y que debe serlo; para ello sentarémos cuatro cuestiones: 1.ª Dios, Señor nuestro, ¿es infalible? Nadie lo pone en duda. 2.ª ¿Ha podido comunicar su infalibilidad á los que ha enviado para enseñar á los hombres? Es incontestable,

<sup>1</sup> Mich. IV; Isai. LX.

<sup>2</sup> In nullum quippe nomen religionis, seu verum, seu falsum, coagulari homines possunt, nisi aliquo signaculorum vel sacramentorum visibillium consortio colligantur. (S. Aug. lib. XIX *contr. Faust.* c. 2). — Nulla securitas unitatis, nisi ex promissis Dei Ecclesia declarata, quæ super montem constituta, abscondi non potest; et ideo necesse est ut omnibus terrarum partibus nota sit. (Id. lib. III *contr. epist. Parmen.* c. 5). — Ecclesia vera neminem latet. (Id. lib. II *contr. epist. Petil.* c. 32).

pues siendo Dios, es todopoderoso. 3.<sup>a</sup> ¿Ha comunicado su infalibilidad á sus Apóstoles y á los sucesores de éstos? Sí, puesto que les dijo: Id, enseñad, que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos. 4.<sup>a</sup> ¿Debia Dios comunicar su infalibilidad á sus Apóstoles y á los sucesores de éstos? Sí, debía hacerlo; pues de no, careceríamos de todo medio de conocer con certeza la verdadera Religion; es así que Dios quiere que conozcamos con certeza la Religion verdadera, en cuanto quiere, so pena del infierno, que la practiquemos y que prefiramos la muerte antes que poner en duda alguna de las verdades que la misma enseña; luego la verdadera Iglesia es infalible.

Si así no fuese, veamos las monstruosas consecuencias que nos seria preciso admitir: 1.<sup>a</sup> No habria medio alguno de conocer la Religion verdadera, y por tanto adoptaríamos como niños cualquiera doctrina, siendo en vano que hubiese Jesucristo descendido á la tierra para mostrar á los hombres el camino del cielo. Nuestros hermanos, separados de la comunión católica, son de ello un ejemplo palpable; entre ellos nada puede apreciarse como cierto; tantas cabezas, tantas doctrinas; prueba evidente de que la Biblia no basta. La Biblia es un libro que necesita ser explicado, y explicado por una autoridad infalible, para que sea regla obligatoria de fe y de conducta. 2.<sup>a</sup> El mismo Dios, Señor nuestro, seria menos que un hombre honrado, lo cual causa horror solo al decirlo, en cuanto habria faltado á su palabra; pues habiendo prometido hablar siempre por el órgano de sus Apóstoles y de los sucesores de éstos, permitiria que propalasen toda clase de mentiras. 3.<sup>a</sup> Jesucristo seria el mas injusto y bárbaro de todos los tiranos, porque nos mandaria, so pena del infierno, escuchar á unos hombres que podrian enseñarnos el error y conducirnos al precipicio. ¡Esto manifiesta cuántas blasfemias se ven obligados á sostener, y cuántas horribles consecuencias tienen que devorar los que se atreven á negar la infalibilidad de la Iglesia!

Por lo que á nosotros toca, dóciles ovejas del redil divino, sigamos fielmente á nuestros pastores; en el dia mas que nunca, tengamos por ellos la sumision mas completa: creamos lo que ellos creen, aprobemos lo que ellos aprueban, rechacemos lo que ellos rechazan, y condenemos lo que condenan. Hijos de la Iglesia, digamos como nuestros padres: Todo cuanto sabemos se reduce á escuchar á la Iglesia, á creer, á morir por su fe; mas no sabemos dispu-

tar<sup>1</sup>. Por haber olvidado esta regla muchos herejes han perdido la fe, y muchos espíritus presuntuosos, creyéndose capaces para discutir las verdades de la Religion, han preferido su opinion á la de los primeros pastores de la Iglesia, y siguiendo su rumbo particular han caido por fin en el precipicio que ellos mismos se habian abierto.

4.<sup>o</sup> *Caractéres de la verdadera Iglesia.* Falta ahora dar á conocer la verdadera Iglesia; mas para distinguirla de las falsas iglesias, no basta que sea visible, pues otras muchas sociedades religiosas lo son; no basta que sea infalible, pues la infalibilidad es una prerogativa que las demás sectas se atribuyen, ó que atribuyen á cada uno de sus miembros. ¿Qué es necesario entonces? Es necesario que la verdadera Iglesia, la legítima esposa del Hombre-Dios, lleve en su frente señales tan manifiestas, caractéres tan inimitables, que secta alguna pueda arrogárselas ni remedarlas. Ahora bien, estas señales no pueden ser otras que las de la misma verdad, y las principales son cuatro: 1.<sup>a</sup> El ser una; 2.<sup>a</sup> el ser santa; 3.<sup>a</sup> el ser apostólica; 4.<sup>a</sup> el ser católica.

**SER UNA.** La unidad es el carácter esencial de la verdad, porque Dios es uno, y la verdad es Dios revelado al hombre. El Salvador ha querido que su Iglesia fuese una, y la representa bajo la forma de un rebaño que tiene un solo pastor, de una casa donde habita un solo jefe, de un cuerpo cuyos miembros están perfectamente unidos<sup>2</sup>. Por esto la verdadera Iglesia debe ser una; una en su fe, una en sus leyes, una en sus esperanzas, una en su jefe<sup>3</sup>.

**SER SANTA.** La santidad es el carácter esencial, la perfeccion de Dios por excelencia; la santidad excluye en Dios hasta la sombra del mal y del error; luego la verdadera iglesia debe ser santa; santa en sus máximas, santa en sus dogmas, santa en sus Sacramentos, santa en sus preceptos, santa en el objeto que se propone alcanzar, santa en sus miembros, y con una santidad hecha visible por medio de milagros, á fin de que todos, sabios é ignorantes, puedan conocerla. Jesucristo, Señor nuestro, murió para formar una Iglesia semejante, pues como dice san Pablo: Ha muerto á fin de formarse una Iglesia sin mancha y sin arruga<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Si quis autem videtur contentiosus esse, nos talem consuetudinem non habemus, neque Ecclesia Dei. (I Cor. xi, 16).

<sup>2</sup> Joan. x, 16.

<sup>3</sup> Id. xvii.

<sup>4</sup> Matth. xxviii; Ephes. v, 27.

SER APOSTÓLICA. Provenir de los Apóstoles, haber sido predicada por ellos, hé aquí el carácter de su verdad; puesto que á ellos confió el Salvador cuantas verdades habia él mismo aprendido en el seno de su Padre, verdades que ampliaban, confirmaban y completaban cuantas habia Dios revelado desde el principio del mundo<sup>1</sup>. Á los Apóstoles confió el encargo de anunciarlas por el universo entero; luego la verdadera Iglesia debe provenir de los Apóstoles, remontarse hasta los mismos.

SER CATÓLICA. La verdad es una, y la misma en todos tiempos y en todos los países; lo que es verdadero en Europa, no puede ser falso en Asia; lo que hoy es verdadero, no puede haber sido falso ayer. Además, siendo todos los hombres formados para la verdad, ésta debe ser accesible á aquellos, encontrarse en todas partes donde hay hombres; luego la verdadera Iglesia, única en quien reside la verdad, debe abrazar todos los tiempos, todos los lugares, todas las verdades enseñadas por nuestro Señor Jesucristo. Tales son los caracteres que necesariamente debe tener la verdadera Iglesia; todos ellos son precisos para que podamos reconocerla, al paso que con ellos es imposible no distinguirla de las demás sociedades.

5.º *Verdad de la Iglesia romana.* Dad la vuelta al mundo, estudiad todas las sociedades religiosas que existen en los diferentes pueblos, y ved cuál sea entre todas la que presente esos cuatro caracteres; aquella que os los muestre, aquella y solo aquella es la verdadera Iglesia. Ahora bien, un viaje semejante se ha hecho, no una sino miles de veces, no por uno sino por miles de hombres, y siempre ha dado el siguiente resultado: los cuatro distintivos de la verdadera Iglesia convienen á la Iglesia romana, y no convienen mas que á ella.

1.º *Ser una.* La Iglesia romana es una en su fe y en su ministerio: una en su fe, hemos dicho: suponed que en este momento nos fuera dable evocar de la tumba á un católico de cada uno de los diez y ocho siglos que nos han precedido, á un católico del Oriente, á otro del Occidente, á otro de Asia y á otro de Europa, y que preguntásemos á todos estos fieles que vivieron sin conocerse, sin verse, de los cuales unos murieron hace cien, otros hace mil, mil quinientos y mil ochocientos años: ¿Cuál es vuestra fe? Todos en particular recitarían igual Símbolo, el Símbolo que recitamos nosotros todos los dias,

<sup>1</sup> Omnia quæcumque audiivi à Patre, etc. (Joan. xv, 13).

y que del mismo modo se recita en las cuatro partes del mundo. Este perfecto acuerdo, esta perpetua unidad llenaba ya de admiracion á los primeros Padres de la Iglesia y de ellos se servian ya para demostrar á los herejes el error en que se hallaban. « Aunque esparcida por « toda la tierra, decia san Ireneo, la Iglesia conserva la fe apostólica « con un celo extremado, como si habitase en una misma casa; la « cree de un modo único, como si no tuviera mas que un espíritu y « un corazon, y por un admirable consentimiento, profesa y enseña « la misma fe, como si tuviera una sola boca; pues, si bien los idiomas del mundo son diferentes, la fe es por todas partes una é igual. « Las iglesias de Germania, de las Galias, del Oriente, del Egipto, « no piensan, no enseñan de un modo distinto<sup>1</sup>. » ¡ Cuánto debemos envanecernos de profesar la fe de los Apóstoles, de los Mártires, de los genios mas grandes que el mundo ha conocido! ¡ Qué consuelo, y al mismo tiempo qué seguridad!

No sucede lo mismo con las sociedades separadas de la Iglesia; en ellas vemos variaciones sin cesar renacientes, contradicciones infinitas; sucedense unas á otras las profesiones de fe; las sectas particulares se multiplican como las hojas en los árboles. Solo en la ciudad de Lóndres y sus alrededores cuéntanse en el dia ciento nueve religiones distintas; igual division se observa en Alemania, en Suiza, en América y en todos los países que se llaman evangélicos, habiendo llegado á tal punto, que un ministro protestante decia no ha mucho tiempo que se empeñaba en escribir en la uña de su dedo pulgar todo lo que era aun objeto de una creencia comun entre los reformados<sup>2</sup>. Así pues, el Protestantismo no es la verdadera Iglesia, en cuanto carece de unidad de doctrina<sup>3</sup>; lo mismo puede decirse del Mahometismo, del Judaismo y de todas las demás sociedades religiosas que dividen el mundo.

La Iglesia católica es una en su ministerio y en sus Sacramentos, es decir, que todos sus hijos, sometidos á la misma autoridad, se hallan unidos por la participacion de los mismos Sacramentos, en el mismo sacrificio, en las mismas oraciones, en el mismo culto. Recorred todas las regiones del globo, interrogad á los católicos que

<sup>1</sup> Adv. hæres. l. c. 10, n. 2.

<sup>2</sup> Así lo decia Harms de Kiel, en 1820.

<sup>3</sup> Véanse Bossuet, *Variaciones*; Cobbett, *Reforma de Inglaterra*; *Cartas del P. Scheffmacher*, etc., etc.

las habitan; y hallaréis en todos y en todo la mas completa armonía; para mantener esta unidad divina, nuestro Señor instituyó un ministerio esparcido por todas las partes de su Iglesia, el mismo en todas ellas, encargado de predicar y de enseñar la fe, de administrar los Sacramentos, de celebrar los santos ritos, en una palabra, de conducir y guiar el rebaño; este ministerio lo dividió en diferentes órdenes que forman una jerarquía. En todos los lugares habitados, ciudades, villas, aldeas, quiso que hubiese un ministro de un orden inferior, y en cada provincia otro de la clase superior, llamado obispo, á quien están sometidos los pastores inferiores, y que comunica con los obispos de las demás regiones. Los obispos todos se encuentran sometidos al Sumo Pontífice, jefe supremo de la Iglesia, el cual revestido de una primacía de honor se muestra mas elevado que todos, á fin de que todos vean en él el centro de unidad al que se reúnen todos los ramos; revestido de una primacía de jurisdicción, puede con su autoridad separar de la unidad á los que yerran, ó hacer que de nuevo entren en ella los extraviados; de modo que este ministerio forma entre todos los católicos diseminados por la tierra un magnífico lazo de union. Unidos todos á sus pastores, que lo están entre sí con el Pastor de los pastores, necesariamente lo están unos á otros.

Nada de esto sucede en las sectas separadas: no se busque en ellas la subordinacion general entre sus ministros, ni otro centro de unidad que el poder temporal que las tiene bajo su yugo, de modo que la jerarquía que en la Iglesia católica termina en el Papa, vicario de nuestro Señor Jesucristo, termina en los países protestantes en un rey, cuando no en una reina, extraños á la ciencia divina, y sin embargo árbitros supremos de la Iglesia de Dios y de la conciencia humana; mas divididos entre sí de lo que lo están con la Iglesia, se disfaman, se acusan y condenan; siempre en guerra, solo les une un odio comun contra la verdadera Iglesia, porque á todos les hiere con igual anatema. De aquí nace que no existe entre ellos la unidad de culto; unos admiten dos Sacramentos, otros tres; unos profesan un culto sin simbolos, mientras que otros profesan otro distinto; tanto que el protestante salido del rincon de tierra donde impera la secta á que pertenece, se halla extraño del resto del mundo.

2.º *Ser santa.* La Iglesia romana es santa en sus dogmas, santa en su moral, en sus Sacramentos, en su culto; puede retar al ad-

versario mas encarnizado, con tal de que sea imparcial, á que encuentre en todas sus cosas un acto que no sea eminentemente propio para ilustrar el espíritu, para purificar el corazón, y para elevar al hombre hácia Dios. En vano se buscará una secta antigua ó moderna que posea este primer género de santidad; todas han halagado y halagan aun alguna de las tres grandes pasiones humanas, el orgullo, la ambicion y la voluptuosidad. La Iglesia romana es santa en su jefe, que es Jesucristo; santa en sus fundadores, que son los Apóstoles, lo que no sucede en los fundadores de herejía alguna: sabido es cuál fué en los primeros siglos la santidad de Arrio, de Manes y de los demás heresiarcas; en los tiempos modernos, ¿quiénes fueron los jefes del Protestantismo? Lutero, Calvino, Zuínglio, tres eclesiásticos apóstatas y los tres hombres mas escandalosamente impúdicos del siglo xvi: y ¿podrá creerse que Dios ha elegido á tales hombres para reformar su Iglesia? Santa en una gran parte de los Papas y de los obispos; y santa, en fin, en buen número de sus hijos: basta pasar los ojos por un martirologio ó un calendario para ver la multitud de Santos que se han formado en la Iglesia, aun en los últimos siglos, siendo de advertir que además del incalculable número de Santos que han causado la admiracion general por sus heroicas virtudes, y á quienes los pueblos no han podido negar sus solemnes homenajes, existe una mayor multitud que se han santificado por medio de virtudes oscuras y ocultas á los ojos de la humanidad.

La santidad de los hijos de la Iglesia es verdadera, en cuanto Dios ha obrado milagros estupendos para manifestarla: los milagros obrados por los Santos se han verificado en todos los siglos, verifican aun en el día, y solo han tenido lugar en la Iglesia católica; esto hace que las sectas separadas no puedan presentar la conducta regular de sus adeptos como una muestra de la santidad de su doctrina, pues al paso que Dios no ha confirmado jamás sus virtudes con milagro alguno, los mismos Protestantes convienen en la verdad de los milagros obrados por los Santos de la Iglesia católica, especialmente por san Francisco Javier<sup>1</sup>. Para que la Iglesia romana sea santa, la madre de los Santos, y pueda presentar su santidad como una prueba de su verdad, no es necesario que todos sus miembros sean santos; el mismo Jesucristo Señor nuestro compara su

<sup>1</sup> Véase el célebre viajero protestante Tavernier.

Iglesia á una red donde hay peces buenos y malos, á una era donde la paja está mezclada con el trigo; basta que todos los miembros de la Iglesia hayan sido santos, y todos lo han sido el día del Bautismo; que un gran número haya continuado siéndolo, y que Dios haya manifestado su santidad por medio de milagros.

3.º *Ser católica.* La Iglesia romana es tres veces católica; primeramente por su *doctrina*. Heredera de todas las verdades reveladas, la Iglesia romana, conforme con las órdenes del divino Maestro, enseña sin distincion, sin excepcion, sin aumento, sin disminucion, todo cuanto Jesucristo Señor nuestro se dignó enseñarle, y no permite, como los herejes, poner una mano sacrilega sobre las Escrituras, elegir entre las verdades cuyo depósito se le ha confiado, rechazando las unas y admitiendo las otras; pues recibe, conserva y enseña con igual solicitud los dogmas y preceptos de su divino Esposo. A pesar de todos sus esfuerzos, los herejes antiguos y modernos, ayudados de los filósofos y de los impíos, jamás han podido probar que la Iglesia católica haya alterado, aumentado ni disminuido, y con mayor razon inventado, ni una sola de las verdades que propone á la fe del universo: los Padres apostólicos hablan como nuestros actuales sacerdotes <sup>1</sup>.

En segundo lugar es católica por el *tiempo*. Reveladas á nuestros primeros padres, transmitidas por los Patriarcas, desenvueltas por la Ley, completadas por el Evangelio, confiadas á los Apóstoles por el mismo Dios hecho hombre, predicadas por aquellos en todos los confines del universo, llegadas hasta nosotros por una tradicion constante, las verdades enseñadas por la Iglesia romana se remontan hasta los primeros dias del mundo, y serán anunciadas á todas las futuras generaciones hasta la consumacion de los siglos. Su Símbolo es el Símbolo del género humano, en cuanto le pertenece todo lo verdadero que se encuentra en todos los pueblos, como la rama pertenece al árbol, el miembro al cuerpo, la luz al sol.

Finalmente, es católica por los *lugares*. Recorred el universo, visitad las cuatro ó cinco partes del mundo; pasad de la China al Norte de América, del África á las regiones septentrionales de la Europa, y por todas partes hallaréis católicos. Dios lo ha querido así por

<sup>1</sup> Véase la *Ampliacion de la doctrina cristiana* por el célebre Dr. Newman, anglicano recientemente convertido.

una admirable disposicion de su Providencia, á fin de que á todas las horas así del día como de la noche hubiese en alguna parte labios que recitasen el Símbolo católico, Símbolo que jamás ha sido interrumpido, así como tampoco el sacrificio de nuestros altares, en virtud del cual no ha cesado un momento desde hace diez y ocho siglos de correr en algun punto del globo la sangre divina. Cuando en una region del mundo llega la noche, cuando el sacerdote abandona el altar y cesa el fiel de repetir el Símbolo, brilla el día en otra, y los sacerdotes se acercan al altar, y los católicos rezan la profesion de nuestra fe; así sucederá invariablemente hasta el fin de los tiempos <sup>1</sup>. Sin embargo, no en todas partes se hallarán herejes ó miembros de una sociedad separada. Católica por los lugares, la Iglesia romana, como el sol, ha recorrido el horizonte del universo; su luz ha iluminado sucesivamente las varias regiones de la tierra, lo que jamás ha hecho la herejía. Católica por los lugares, la Iglesia romana es la mas numerosa de todas las sociedades; el Mahometismo, la Idolatría, el Protestantismo, se dividen en una infinidad de sectas, cada una de las cuales en particular está muy léjos de contar tantos partidarios como fieles cuenta la Iglesia católica. Católica por los lugares; ser una como Dios es uno; estar en todas partes como Dios, sin dejar de ser una; tal es la Iglesia romana. La unidad en la misma universalidad, tal es el sublime carácter que la distingue y que se conoce con el nombre de católico.

«Así como solo hay un episcopado, decia hace diez y siete siglos san Cipriano, así no hay mas que una sola Iglesia esparcida por la vasta multitud de los miembros que la componen; así como se desprenden del sol infinitos rayos no habiendo mas que un centro de luz; así como salen del cuerpo de un árbol gran número de ramas, estando el tronco adherido fuertemente á la tierra por medio de sus raíces; así como de un mismo manantial brotan varios riachuelos, que reconocen un origen comun á pesar de la abundancia de las aguas que lo hacen diverso, tal es la imágen de la Iglesia. La luz divina que en ella penetra abraza con sus rayos todo el mundo, viniendo de un punto único que ilumina todos los lugares, sin que quede dividida la unidad de principio. Su inagotable fecundidad hace que extienda sus ramas sobre toda la tierra; envia á lo léjos sus abundantes aguas, mas siempre y por todas partes es uno el

<sup>1</sup> Véase Jauffret, pág. 288.